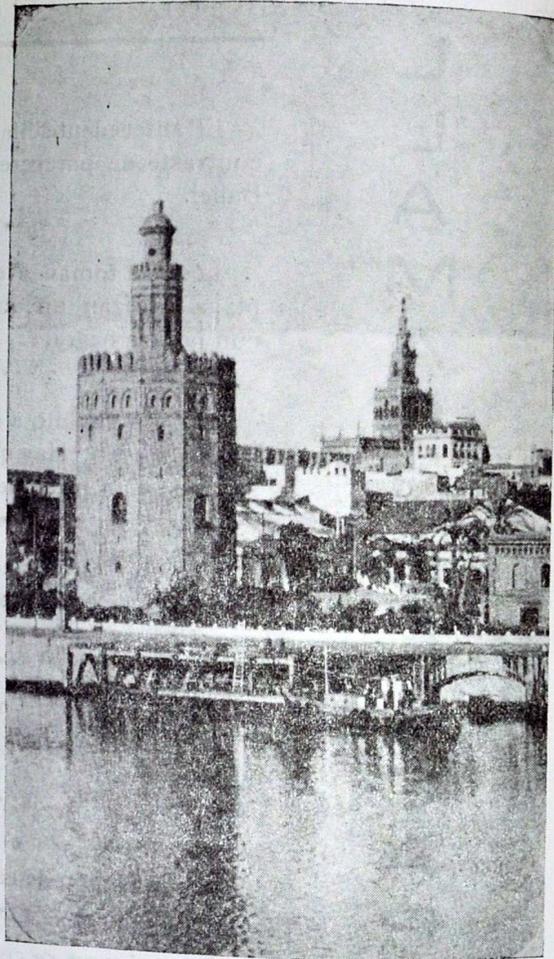


Sevilla

Por

LUIS CARLOS
GUTIERREZ



Por entonces yo descubrí Sevilla,
sin una sombra, navío
fácil o camino abierto.
Era mi nuevo horizonte.
No había otras razones
ni supe buscarlas hasta amar
junto a aromas y a nubes
y a golondrinas sobre el alero.
Aquellas campanas forjaban
mi luz a orillas del alba,
giraldas brincando rientes

y un clavel sonrojado.
Me sentía poeta más que nunca
pero sin voz y de lira vacía,
mi pluma hueca y una palabra
rendida a la evidencia:
¡había tanto que murmurar
junto al murmullo del nido!
Era otro mi consuelo pensando
brisas, dulzuras, plenitudes
y una belleza eterna
escondida en los jardines.
Yo buscaba en mi sangre,
a orillas del otoño,
rampas donde cobijarme
y sonidos. ¡Tañía el orbel!
Y las ramas se juntaban
sobre el patio. Sevilla
era un umbral y una ventana,
un campo sin fronteras,
una amanecida granada
de asombros. ¡Oh! aquella salva
de suspiros, mi letargo ancorado
la vida en flor y una caricia
escondida bajo el agua.
Era otra mi palabra. Y el quicio
de mis brazos. Sostenía
el cansancio bajo las estrellas:
el río, la noche, el balcón
abierto se me anudaban.
En principio estaba Sevilla.
¡Había que iniciarse! El mapa
y el piropro escrito se juntaban
y aquella belleza foránea,
fría y sin los ojos puestos
hasta que el candil iluminó
mi estancia. El cielo crecía
y crecía un fervor
y un efluvio de jazmines crecía.
Yo me sabía despierto
y a la vez soñando,
Sevilla se me inclinaba

al hueco de mi pecho
 y una alondra reía aderezada
 de hispalense y me seducía.
 Por allí estaba mi alma,
 por una montaña verde,
 por una llanura verde,
 por una verde sonrisa extendida.
 No era yo el que hacía la luz
 sino el firmamento, a saltos.
 Quedaba Sevilla desplegada.
 Y el polen, el trigo, mi latido
 y un manojo de azucenas
 henchidas sobre la tierra.
 Era otro el embrujo. Otro,
 el reino. Era la verdad cumplida,
 el arte verificado en las rejas,
 la plenitud del cielo y la brisa
 destemplada. Era una sonrisa
 en mi capacho, golpe de luz,
 mi golpe ufano, los ojos aéreos
 hacia la distancia de la piedra.
 Sobre un río de evocaciones
 despejaba el alba y se plantaba,
 sobre una junta de jilgueros
 y un corazón repartido.
 Un arco se vaciaba y otro
 se mantenía, una torre de vuelo
 dócil y un pincel hecho carne
 del lienzo y arrebatado.
 Mi sangre era un himno
 triunfal en su paso ligero,
 mi compás avanzado
 y mi venero. Por esas latitudes
 quedaba la siembra. Y, en la siembra,
 mis alas cruzadas, una barca
 creciendo surcos sobre el mundo
 y una ciudad que, siega a siega,
 se agigantaba. Y entre tanto
 Sevilla, honra a honra,
 se vaciaba. ¡Y se crecía
 mi entusiasmo...!



Capilla del Nazareno en la Iglesia de Santiago, de Cáceres. Esta bella imagen,
 de Tomás de Huerta, representa para los cacereños lo mismo que
 el Cristo del Gran Poder en Sevilla